



XXXI

Glorias de María

Sermón de la conclusión del mes de María, predicado en
Belén, el 31 de mayo de 1881

Fecit mihi magna qui potens est

*Me ha hecho grandes cosas el
que es poderoso.*

S. Lucas c. I, v. 49.

EXORDIO

LA visión del Apocalipsis.—Se ha realizado en la historia de la Iglesia.—Diversos grados de la grandeza de María.—Invocación á la Virgen. *Omnis gloria filiae regis ab intus*. La verdadera grandeza de María consiste: 1º en que su virtud es el único origen de su grandeza; 2º en preferir siempre su virtud á sus honores; y 3º en hacer servir toda su gloria para la perfección de su virtud.

PRIMER PUNTO

La maternidad divina sólo podía corresponder á la más eminente santidad.—Cuadro de las virtudes cristia-

nas.—En el cuadro común de la santidad, no cabe la figura de María.—La santidad de los justos es penosa, frágil y limitada.—La santidad de María es libre, constante y universal.—Cuadro de sus virtudes.

SEGUNDO PUNTO

Grandeza del mundo.—Grandeza de los santos.—Grandeza de María.—Cuadro de la escena de la Anunciación.—Prefiere su virginidad á la maternidad divina.

TERCER PUNTO

Seducción de la prosperidad.—María santifica su grandeza: 1º por su perfecta vigilancia; 2º por su profunda humildad.—Conclusión.



XXXII

La comunión frecuente

Sermón pronunciado en la Iglesia Catedral el viernes de la Infraoctava de Corpus, 17 de junio de 1881

Iste est panis quem Dominus dedit vobis ad vescendum.

Este es el pan que os dió el Señor para comer.

Exodo, cap. 16, v. 15.

EXORDIO

EL maná figura de la Eucaristía.—Siendo la Eucaristía pan, debe recibirse con frecuencia.—El uso de recibir la comunión cotidianamente es conforme á la doctrina y práctica de la Iglesia.—A la doctrina, como se prueba por la enseñanza de Jesucristo y los Apóstoles, del Concilio de Trento, del Catecismo romano y de los Sumos Pontífices.—A la práctica, porque, desde la primitiva Iglesia, ha sido admitido el uso de comulgar diariamente.—A la utilidad de los fieles.

CUERPO DEL DISCURSO

Palabras del Salvador. *Ego sum panis. Caro mea*

vere est cibus. Compelle intrare. Quomodo huc intras ti non habens vestem nuptialem.—Práctica apostólica.—S. Lucas: *erant perseverantes in orationibus et communicatione fractionis panis. Cum convenissemus ad frangendum panem.*—Objeción sacada de la piedad de los primeros siglos y de la impiedad presente.—Error en esta materia.—La humanidad es siempre la misma: *Nihil novum sub sole.*—Lo que es, ha sido y será.—Una de las debilidades humanas es creer que la época presente es peor que las anteriores.—Cuadro de las malas costumbres en los primeros siglos. San Pablo reprende la incontinencia: *fornicatio.....qualis nec inter gentes.*—La avaricia: *omnes.....quae sua sunt, non quae Iesu Christi* La soberbia: *non obedire veritati.*—La ignorancia: *neque si Spiritus Sanctus est audivimus.*—En el segundo siglo, se queja Tertuliano de que los cristianos fabricaban ídolos para los paganos y de los excesos de lujo profano y vanidad de las mujeres.—En el tercer siglo, S. Cipriano se quejaba amargamente de los excesos á que se entregaban los confesores de la fe y las vírgenes consagradas á Dios.—Libro de lapsis. Y en el libro *De duplici mysterio*, exclama: *Temulentia adeo communi..... ut propemodum non habeatur pro crimine.*—Utilidad de la comunión frecuente, y aun cotidiana.—Doctrina de Santo Tomás.—Palabras de Suárez.—Conclusión y exhortando á la comunión frecuente.



XXXIII

La infalibilidad del Papa

Sermón pronunciado en la Catedral de Lima, en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, el 29 de junio de 1881

*Tu es Petrus, et super hanc Petram, aedificabo Ecclesiam meam.
Tu es Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.
S. Mateo, c. 16, v. 18.*

EXORDIO

LA infalibilidad doctrinal es uno de los privilegios de Pedro. La integridad de la verdad exige una autoridad infalible. El objeto del discurso es explicar y probar la infalibilidad pontificia. Se honra al Apóstol, exaltando sus prerrogativas.

CUERPO DEL SERMÓN

En qué consiste la infalibilidad. No debe confundirse, ni con la ciencia, ni con la inspiración, ni con la virtud. Objetos á que se extiende y condiciones á que está su-

jeta. Mala fe de los impíos, en lo relativo á este dogma. Sus pruebas. De la Escritura, de la tradición y de la razón. Sin él, vendría por tierra todo el edificio cristiano. Invocación final para permanecer siempre en la fe de Pedro.

XXXIV

Jesucristo cordero de Dios

Sermón predicado en la iglesia del monasterio de la Trinidad, en la Comunión general con que terminó el mes del Sagrado Corazón de Jesús, el domingo 3 de julio de 1881

Ecce agnus Dei.

He aquí el cordero de Dios.

S. Joan, c. I, v. 36.

EXORDIO

VARIEDAD de títulos dados al Salvador por la Escritura. El sacerdote lo llama, al presentarlo al pueblo: *cordero de Dios*. Jesucristo es, en la Eucaristía, verdadera víctima. Es hostia y alimento. Dos puntos de discurso.

PRIMER PUNTO

El sacrificio eucarístico es el mismo del Calvario. Nace de la misma caridad y produce los mismos efectos. Deberes que nos impone. Sentimientos que debe exitar en nuestro corazón.

SEGUNDO PUNTO

Jesucristo es verdadera comida. Quiere darse á nosotros. Utilidad de la comunión frecuente. Disposiciones para recibirla y efectos que produce. Invocación.



XXXVI

El Matrimonio cristiano

Alocución pronunciada en el matrimonio y bendición nupcial del señor Carlos Prevost con la señorita Teresa Orbegoso, en la mañana del 6 de agosto de 1881

Señoras, Señores:

Puras y conmovedoras son siempre las ceremonias de la Religión. La que acabáis de presenciarse, es una de las más augustas de la Iglesia católica. Para apreciarla en todo su valor, es necesario remontarse los siglos de la decadencia humana y trasladarse en espíritu al Edén.

Era el día sexto de la creación.

Dios Padre había irradiado en los ojos de Adán la divina luz de su semblante (1), para que pudiera mirar, entender y nombrar todas las cosas. Pero la creación estaba muda para el hombre. Interrogaba al universo, y no le respondía. Los montes y los valles del Paraíso le devolvían fríos é inertes los ecos de su voz. La hermosura de la naturaleza encantaba su vista y la música de las aves regalaba su oído; pero ni una ni otra in-

(1) Salmo IV, v. 7.

terpretaban la infinita poesía de su alma, ni decían nada á su enamorado corazón. Y era, señores, porque el hombre estaba sólo. Una nube de tristeza envolvía esa alma solitaria, entre la alegre y bulliciosa algazara de la creación entera. Dios tuvo pena de la soledad de Adán (1); y para completar en el la divina imagen de sus perfecciones (2), como lo creó inteligente, quiso hacerlo fecundo. Entonces, por el admirable procedimiento que todos conocéis, hizo un ángel con formas humanas que fuera para el hombre luz de su mirada y encanto de su corazón (3). Se me figura, señores, que el momento más dichoso de la existencia terrenal de Adán fue aquel en que al despertar de su misterioso sueño (4), se encontró en presencia de la celeste aparición de la belleza humana; y oyó la voz de Dios, que le decía: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven en la tierra". De estas poderosas palabras brotaron, señores, mil creaciones magníficas, que enriquecen el mundo con reproducción portentosa y variedad infinita. Entonces fue instituido el matrimonio, nació la familia, comenzó la historia, tuvieron principio las naciones, y el hombre fue Rey: rey de sí mismo, por la libertad y la obediencia; rey de la naturaleza, dulcemente sujeta al cetro de su imperio; rey de la industria, cuyas prodigiosas maravillas veía aprisionadas en el hueco de su mano; rey de las artes, que nacían todas, como encantadoras gracias, de su amor á Dios y de su amor á la mujer.

No quiero turbar, señores, la plácida alegría de estas nupcias con referir, ahora, la deplorable catástrofe,

(1) Génesis, c. II, v. 18.

(2) Génesis, c. I, v. 26.

(3) Génesis, c. II, vs. 22, 23, 24 y 24.

(4) Génesis, c. II, v. 21.

que emponzoñó para siempre las cristalinas corrientes de la felicidad humana; ni refrescar en vuestra memoria el doloroso recuerdo de las degradaciones, sin número y sin nombre, que profanaron el alma, ultrajaron la belleza y escarnecieron el pudor del ángel caído del Paraíso; ni deciros cómo se vió, por largos siglos, despedazado en el suelo su cetro de Reina, y arrojada en el lodo su corona de Madre.

Yo prefiero, señores, corriendo un velo de compasivo olvido sobre tantas ruínas y tantos infortunios, presentar á vuestra vista el encantador espectáculo de la mujer restaurada por el cristianismo; de María, señores, tipo divino é inmortal, del cual nacieron nuevamente, con esplendores inefables, la santidad de la Virgen, el amor de la Esposa y la dignidad de la Madre. En el culto de María, la Virgen Madre del Hombre Dios, comenzaron los rendidos obsequios, las delicadas atenciones, la exquisita cortesía y el religioso respeto con que es tratada la mujer, en los siglos cristianos. Entonces, tuvo principio una civilización, tan espiritual como elevada, en que la mujer subyugó al hombre con las únicas armas de su abnegación y de su amor; y el hombre puso á sus plantas, como trofeos de victoria, las obras de su ingenio, las hazañas de su valor y las conquistas de su espada. Desde aquel momento, fecundada la tierra por las aguas de la Redención, empezaron á aparecer en el mundo las ilustres heroínas, que fueron honra de su siglo y admiración de la posteridad. No necesito nombrarlas, señores. Las lenguas de la fama y los broncees inmortales las muestran, sin cesar, á las nuevas generaciones, que no olvidarán nunca que la gobernación de los pueblos, el arte de la guerra y la perfección de la virtud tuvieron representación tan sublime como Isabel la católica, Juana de Arco y Rosa de Lima.

Señoras: herederas de tantas glorias, vivid orgullosas de la nobleza que ha alcanzado vuestro sexo, en el

seno de la Iglesia. Habéis escalado valerosamente las alturas del sacrificio; no descendáis de ellas, porque, desde allí, reináis pacíficamente sobre los talentos, sobre las grandezas y también ¿porqué no decirlo? sobre las pasiones del hombre. La Religión, con sus divinas manos, ha ceñido vuestras frentes con esta diadema imperial. Vuestra gratitud al Dios Redentor debe ser proporcionada á la dignidad altísima de que os ha revestido.

Por esta razón, yo inclino, señores, mi frente sacerdotal, ante la suprema grandeza de la mujer cristiana, que pasa por el mundo, haciendo el bien. ¿No la véis, señores? Si es virgen, elevando hasta Dios el perfume de su oración, ó inclinada amorosamente hacia la cuna del niño abandonado, ó sobre el lecho del moribundo, para enseñar al uno el camino de la vida y mostrar al otro el camino del cielo; si es esposa, reinando en su hogar, coronada de gracias, y difundiendo en el corazón de su esposo la dicha y el contento; y si es madre, derramando á torrentes, sin agotarlo nunca, el tesoro de su ternura en el alma de su hijo, ejercitando ese sacerdocio augusto de la maternidad, sólo inferior al sacerdocio eterno de Jesucristo, y formando, paciente y amorosamente sobre sus rodillas, el carácter y el corazón de un hombre, que será quizás un día, árbitro soberano de los destinos de un pueblo. En el regazo de doña Blanca, fue educada el alma de S. Luis; y cuando Dios quiere dotar al mundo de estos hombres, nunca le faltan aquellas madres.

Por todo lo dicho, comprenderéis, señores, cuan legítima es la emoción que se apodera del sacerdote, al bendecir un matrimonio cristiano: tierna y casta unión del hombre y la mujer, para pasar juntos por las tempestades de la vida, formar una familia y ligar sus almas, con vínculo indisoluble y perpetuo. Y si contemplo esta unión elevada á las luminosas regiones de la gra-

cia, enaltecida á la dignidad de sacramento, representando el mutuo amor de Jesucristo y de su Iglesia y enlazando, con amorosa lazada y apretado nudo, los corazones de los esposos y el corazón de los hijos; y veo descender del cielo un ángel de pureza para cubrir con sus alas el tálamo nupcial, ¡ah!, señores, palidecen á mis ojos el matrimonio del Edén y los pastoriles enlaces de la antigua ley; y necesito ascender á muy elevadas alturas para descubrir al tipo del matrimonio cristiano; necesito entrar respetuosamente á la humilde casa de Nazaret, para adorar en Jesús, María y José el ejemplar divino del matrimonio y la familia.

De esta fuente parte, oh jóvenes esposos, la gracia santificadora que acabáis de recibir, para abrazar vuestro nuevo estado, protegidos por las bendiciones de Dios y de la Iglesia.

Sed fieles á esta gracia, y estad ciertos de que el Sol de la felicidad no tendrá ocaso en vuestro hogar. Váis á emprender juntos esta gran jornada de la vida; sed, pues, el uno para el otro, apoyo, alivio y consuelo. Mantened ilesas, ó mejor, dad nuevo lustre, con vuestras virtudes, á las honrosas tradiciones de vuestras familias. Que numerosa posteridad circunde y alegre vuestra mesa. Envejeced juntos, pero sin que la nieve de los años apague nunca la amorosa llama de vuestros corazones; y cuando hayáis de dormir el sueño de la paz, que sea breve vuestra despedida en el tiempo para que os déis, en la Patria, el abrazo eterno de la inmortalidad.





XXXVI

La Asunción de la Virgen

Panegírico pronunciado el 15 de agosto de 1881 en la
iglesia del monasterio de la Trinidad

*Quae est ista quae ascendit de
deserto deliciis affluens, innixa su-
per dilectum suum?*

*¿Quién es esta que se levanta
del desierto, colmada de delicias y
apoyada sobre su amado?*

Cántico, VIII. 5.

EXORDIO

Saludo de los ángeles á María. Justo motivo de gozo en la Iglesia militante. Explicación del texto. División del discurso. Conducta de Jesús respecto de María, en el misterio de su Asunción. Gloria de María en el cielo.

PUNTO PRIMERO

Pompa con que fue transportada á Jerusalén el arca de la alianza. De aquí se puede inferir la magnificencia con que sería levantada hasta el cielo el arca de la

nueva alianza. Imágenes de la Escritura, para significar la glorificación de María.

PUNTO SEGUNDO

Regocijo de los ángeles.—Su admiración.—*Quae est ista.*—Alegría de los santos.—*Tu gloria Jerusalem.*—Júbilo particular de San José.—La Santísima Trinidad corona á María.— Conclusión: debemos imitar sus virtudes para reinar con ella.



XXXVII

El respeto humano

Sermones predicados en la Iglesia del monasterio de las Descalzas, durante el novenario de Santa Rosa, que comenzó el 21 de agosto de 1881.

Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo, qui in coelis est. San Mateo. 10, 33.

PRIMER SERMÓN

EXORDIO

Aplicación de esta sentencia á la época de la vida mortal de Jesucristo y á la presente.—Descripción del respeto humano.—Razón de la preferencia dada á este tema.—Invocación á Santa Rosa.—Plan general.

PUNTO ÚNICO

La primera injuria que el respeto humano hace á la Religión es triunfar de su fuerza por los más débiles medios.—¿Qué promete? alabanzas tan falsas como vanas.—¿Qué es el mundo? Un fantasma imaginario, que